

RAFAEL OBLIGADO

SANTOS VEGA

EDICIONES MINIMAS

BUENOS AIRES

1917

El poeta calla desde hace muchos años. Su musa, sencilla y púdica virgen americana, no vaga ya por las barrancas del Paraná nativo, donde acendrabá sus amores y armonizaba sus cantos. Su inspiración, grave y varonil cuando exaltaba el carácter virtuoso y esforzado de la nueva nacionalidad; íntima y delicada cuando expresaba los recuerdos de la infancia, las ternuras del hogar y su sentimiento de la naturaleza, ha plegado las alas fatigadas en la ascensión del vuelo. Pero la resonancia de su voz, sofocada en las ciudades por multánimes voces cosmopolitas, perdura en la fronda de nuestras selvas y se dilata en las pampas, escenario en el cual evoca la figura legendaria del payador Santos Vega, a quien el diablo venció. Allí Rafael Obligado recogió de la tradición oral el argumento de SANTOS VEGA, y la gracia de su arte nos lo ha devuelto elevado a la plenitud de belleza que contiene su poema.

SANTOS VEGA

Santos Vega el payador,
Aquel de la larga fama,
Murió cantando su amor
Como el pájaro en la rama.

I

EL ALMA DEL PAYADOR

Cuando la tarde se inclina
Sollozando al occidente,
Corre una sombra doliente
Sobre la pampa argentina.
Y cuando el sol ilumina
Con luz brillante y serena
Del ancho campo la escena,
La melancólica sombra
Huye besando su alfombra
Con el afán de la pena.

Cuentan los eriollos del suelo
Que, en tibia noche de luna,
En solitaria laguna,
Para la sombra su vuelo;
Que allí se ensancha, y un velo
Va sobre el agua formando.
Mientras se goza escuchando
Por singular beneficio
El incesante bullicio
Que hacen las olas rodando.

Dicen que, en noche nublada,
Si su guitarra algún mozo
En el crucero del pozo
Deja de intento colgada,
Llega la sombra callada
Y, al envolverla en su manto
Suena el preludio de un canto
Entre las cuerdas dormidas,
Cuerdas que vibran heridas
Como por gotas de llanto.

Cuentan que en noches de aquellas
En que la pampa se abisma
En la extensión de sí misma
Sin su corona de estrellas,
Sobre las lomas más bellas,
Donde hay más trébol risueño,
Luce una autorcha sin dueño
Entre una niebla indecisa,
Para que temple la brisa
Las blandas alas del sueño.

Mas, si trocado el desmayo
En tempestad de su seno,
Estalla el cóncavo trueno,
Que es la palabra del rayo,
Hierde al ombú de soslayo
Rojiza sierpe de llamas,
Que, calcinando sus ramas,
Serpea, corre y asciende,
Y en la alta copa desprende
Brillante lluvia de escamas.

Cuando en las siestas de estío,
Las brillazones remedan (1)
Vastos oleajes que ruedan
Sobre fantástico río;
Mudo, abismado y sombrío,
Baja un jinete la falda
Tinta de bella esmeralda,
Llega a las márgenes solas...
¡Y hunde su potro en las olas,
Con la guitarra a la espalda!

(1) Espejismo.

Si entonces cruza a lo lejos,
Galopando sobre el llano
Solitario algún paisano,
Viendo al otro en los reflejos
De aquel abismo de espejos,
Siente indecibles quebrantos,
Y, alzando en vez de sus cantos
Una oración de ternura,
Al persignarse murmura:
“¡El alma del viejo Santos!”.

Yo, que en la tierra he nacido
Donde ese genio ha cantado,
Y el pampero he respirado
Que el payador ha nutrido,
Beso este suelo querido
Que a mis caricias se entrega,
Mientras de orgullo me anega,
La convicción de que es mía
¡La patria de Echeverría,
La tierra de Santos Vega!

II

LA PRENDA DEL PAYADOR

El sol se oculta; inflamado
El horizonte fulgura,
Y se extiende en la llanura
Ligero estambre dorado.
Sopla el viento sosegado,
Y del inmenso circuito
No llega al alma otro grito
Ni al corazón otro arrullo,
Que un monótono murmullo,
Que es la voz del infinito.

Santos Vega cruza el llano,
Alta el ala del sombrero,
Levantada del pampero
Al impulso soberano.
Viste poncho americano,
Suelto en ondas de su cuello,
Y chispeando en su cabello
Y en el bronce de su frente,
Lo cincela el sol poniente
Con el último destello.

¿Dónde va? Véase distante
De un ombú la copa erguida,
Como espiondo la partida
De la luz agonizante.
Bajo la sombra gigante
De aquel árbol bienhechor,
Su techo, que es un primor
De reluciente totora,
Alza el rancho donde mora
La prenda del payador.

Ella, en el tronco sentada,
Meditabunda le espera,
Y en su negra cabellera,
Hunde la mano rosada.
Le ve venir: su mirada,
Más que la tarde, serena,
Se cierra entonces sin pena,
Porque es todo un embeleso
Que él la despierte de un beso
Dado en su frente morena.

No bien llega, el labio amado
Toca la frente querida,
Y vuela un soplo de vida
Por el ramaje callado...
Un ¡ay! apenas lanzado,
Como susurro de palma
Gira en la atmósfera en calma;
Y ella, fingiéndole enojos,
Alza a su dueño unos ojos
Que son dos besos del alma.

Cerró la noche. Un momento
Quedó la pampa en reposo,
Cuando un rasgueo armonioso
Pobló de notas el viento.
Luego en el dulce instrumento
Vibró una endecha de amor,
Y, en el hombro del cantor,
Llena de amante tristeza,
Ella dobló la cabeza
Para escucharlo mejor.

"Yo soy la nube lejana
(Vega en su canto decía),
Que con la noche sombría
Huye al venir la mañana;
Soy la luz que en tu ventana
Filtró en manojos la luna;
La que de niña, en la cuna,
Abrió tus ojos risueños;
La que dibuja tus sueños
En la desierta laguna.

"Yo soy la música vaga
Que en los confines se escucha,
Esa armonía que lucha
Con el silencio, y se apaga;
El aire tibio que halaga
Con su incesante volar,
Que del ombú, vacilar
Hace la copa bizarra;
¡Y la doliente guitarra
Que suele hacerte llorar!..."

Leve rumor de un gemido,
De una caricia llorosa,
Hendió la sombra medrosa,
Crujió en el árbol dormido.
Después, el ronco estallido
De rotas cuerdas se oyó;
Un remolino pasó
Batiendo el rancho cercano;
Y en el circuito del llano
Todo en silencio quedó.

Luego, inflamando el vacío,
Se levantó la alborada,
Con esa blanca mirada
Que hace chispear el rocío,
Y cuando el sol en el río
Vertió su lumbré primera,
Se vió una sombra lijera
En occidente ocultarse,
Y el alto ombú balancearse
Sobre una antigua tapera.

III

EL HIMNO DEL PAYADOR

En pos del alba azulada,
Ya por los campos rutila
Del sol la grande, tranquila
Y victoriosa mirada,
Sobre la curva lomada,
Que asalta el cardo bravío,
Y allá en el bajo sombrío
Donde el arroyo serpea,
De cada hierba gotea
La viva luz del rocío.

De los opuestos confines
De la Pampa, uno tras otro,
Sobre el indómito potro
Que vuela y bate las crines,
Abandonando fortines,
Estancias, rancho, mujer,
Vienen mil gauchos a ver
Si en otro pago distante,
Hay quien se ponga delante,
Cuando se grita: ¡A vencer!

Sobre el inmenso escenario
Vánse formando en dos alas,
Y el sol reluce en las galas,
De cada bando contrario;
Puéblase el aire del vario
Rumor que en torno desata
La brillante cabalgata
Que hace sonar, de luz llenas,
Las espuelas nazarenas
Y las virolas de plata.

De entre ellos el más anciano
Divide el campo después,
Señalando de través,
Larga huella por el llano;
Y alzando luego en su mano
Una pelota de cuero
Con dos mauijas, certero
La arroja al aire, gritando:
—“¡Vuela el *patof*... ¡Va buscando
Un valiente verdadero!”

Y cada bando a correr
Suelta el potro vigoroso,
Y aquel sale victorioso
Que logra asirlo al caer.
Puesto el que supo vencer
En medio, la turba calla,
Y a ambos lados de la valla
De nuevo parten el llano,
Esperando del anciano
La alta señal de batalla.

Dala al fin. Hondo clamor
Ronco truena en el circuito,
Y el caballo salta al grito
De su impávido señor;
Y vencido y vencedor,
Del noble triunfo sedientos,
Se atropellan turbulentos
En largas filas cerradas,
Cual dos olas enrespadas
Que azotan contrarios vientos.

Alza en alto la presea
Su feliz conquistador,
Y su bando en derredor
Lo defiende y clamorea.
Uno y otro aguijonea
El ágil bruto, y chocando
Entre sí, corren dejando
Por los inciertos caminos,
Polvorosos remolinos
Sobre las pampas rodando.

Vuela el símbolo del juego
Por el campo arrebatado,
De los unos conquistado,
De los otros presa luego;
Véase, entre hálitos de fuego,
Varios jinetes rodar,
Otros súbito avanzar
Pisoteando los caídos;
Y en el aire sacudidos,
Rojos ponchos ondear.

Huyen, en tanto, azoradas,
De las lagunas vecinas,
Como vivientes neblinas,
Estrepitosas bandadas;
Las grandes plumas causadas
Tiende el chajá corpulento;
Y con veloz movimiento
Y con silbido de balas,
Bate el carancho las alas
Hiriendo a hachazos el viento.

Con fuerte brazo les quita
Robusto joven la prenda.
Y tendido, a toda rienda:
—“¡Yo solo me basto!” — grita.
En pos de él se precipita,
La tierra y cielos asorda.
Lanzada a escape la horda
Tras el audaz desafío,
Con la pujanza de un río
Que anchuroso se desborda.

Y allá van, todos unidos,
Y él los azuza y provoca,
Golpeándose la boca,
Con salvajes alaridos,
Danle caza, y confundidos,
Todos el cuerpo inclinado
Sobre el arzón del recado,
Temen que el triunfo les roben,
Cuando, volviéndose, el joven,
Echa al tropel su tostado...

El sol ya la hermosa frente
Abatía, y, silencioso,
Su abanico luminoso
Desplegaba en occidente,
Cuando un grito de repente
Llenó el campo, y al clamor,
Cesó la lucha, en honor
De un solo nombre bendito,
Que aquel grito era este grito:
"¡Santos Vega, el payador!"

Mudos ante él se volvieron,
Y, ya la rienda sujeta,
En derredor del poeta,
Un vasto círculo hicieron.
Todos el alma pusieron
En los atentos oídos,
Porque los labios queridos
De Santos Vega cantaban
Y en su guitarra zumbaban,
Estos vibrantes sonidos:

—"Los que tengan corazón,
Los que el alma libre tengan,
Los valientes, esos vengan,
A escuchar esta canción:
Nuestro dueño es la nación
Que en el mar vence la ola,
Que en los montes reina sola,
Que en los campos nos domina,
Y que en la tierra argentina
Clavó la enseña española.

"Hoy mi guitarra, en los llanos,
Cuerda por cuerda, así vibre:
¡Hasta el chimango es más libre
En nuestra tierra, paisanos!
Mujeres, niños, ancianos,
El rancho aquel que primero
Llenó con solo un ¡te quiero!
La dulce prenda querida,
¡Todo!... ¡el amor y la vida,
Es de un monarca extranjero!

"Ya Buenos Aires, que encierra
Como las nubes el rayo,
El veinte y cinco de Mayo,
Clamó de súbito: ¡guerra!
¡Hijos del llano y la sierra,
Pueblo argentino! ¡qué haremos?
¡Menos valientes seremos
Que los que libres se aclaman?...
¡De Buenos Aires nos llaman,
A Buenos Aires volemos!

"¡Ah! ¡Si es mi voz impotente
Para arrojar, con vosotros,
Nuestra lanza y nuestros potros
Por el vasto continente;
Si jamás independiente
Veo el suelo en que he cantado,
No me entierren en sagrado
Donde una cruz me recuerde:
Entiérrenme en campo verde
Donde me pise el ganado!"

Cuando cesó esta armonía
Que los conmueve y asombra,
Era ya Vega una sombra
Que allá en la noche se hundía...
¡Patria! a sus almas decía
El cielo, de astros cubierto,
¡Patria! el sonoro concierto
De las lagunas de plata,
¡Patria! la trémula mata
Del pajonal del desierto.

Y a Buenos Aires volaron,
Y el himno audaz repitieron,
Cuando a Belgrano siguieron,
Cuando con Güemes lucharon,
Cuando por fin se lanzaron
Tras el Andes colosal,
Hasta aquel día inmortal
En que un grande americano
Batió al sol ecuatoriano
Nuestra enseña nacional.

IV

LA MUERTE DEL PAYADOR

Bajo el ombú corpulento
De las tórtolas amado,
Porque su nido han labrado
Allí al amparo del viento;
En el amplísimo asiento
Que la raíz desparrama,
Donde en las siestas la llama
De nuestro sol no se allega,
Dormido está Santos Vega,
Aquel de la larga fama.

En los ramajes vecinos
Ha colgado, silenciosa,
La guitarra melodiosa
De los cantos argentinos.
Al pasar los campesinos
Ante Vega se detienen;
En silencio se convienen
A guardarle allí dormido;
Y hacen señas no hagan ruido
Los que están a los que vienen.

El más viejo se adelanta
Del grupo inmóvil, y llega
A palpar a Santos Vega,
Moviendo apenas la planta.
Una morocha que encanta
Por su aire suelto y travieso,
Causa eléctrico embeleso
Porque, gentil y bizarra,
Se aproxima a la guitarra
Y en las cuerdas pone un beso.

Turba entonces el sagrado
Silencio que a Vega cerca,
Un jinete que se acerca
A la carrera lanzado;
Retumba el desierto hollado
Por el casco volador;
Y aunque el grupo, en su estupor
Contenerlo pretendía,
Llega, salta, lo desvía,
Y sacude al payador.

No bien el rostro sombrío
De aquel hombre mudos vieron,
Horrorizados, sintieron
Temblar las carnes de frío.
Miró en torno con bravío
Y desenvuelto ademán,
Y dijo: "Entre los que están
No tengo ningún amigo,
Pero, al fin, para testigo
Lo mismo es Pedro que Juan".

Alzó Vega la alta frente,
Y lo contempló un instante,
Enseñando en el semblante
Cierta hastío indiferente.
—"Por fin, dijo fríamente
El recién llegado, estamos
Juntos los dos, y encontramos
La ocasión, que estos provocan,
De saber como se chocan
Las canciones que cantamos".

Así diciendo, enseñó
Una guitarra en sus manos,
Y en los raigones cercanos,
Preludiando se sentó.
Vega entonces sonrió,
Y al volverse al instrumento,
La morocha hasta su asiento
Ya su guitarra traía,
Con un gesto que decía:
"La he besado hace un momento".

Juan Sin Ropa (se llamaba
Juan Sin Ropa el forastero)
Comenzó por un ligero
Dulce acorde que encantaba,
Y con voz que modulaba
Blandamente los sonidos,
Cantó *tristes* nunca oídos,
Cantó *cielos* no escuchados,
Que llevaba, derramados,
La embriaguez a los sentidos.

Santos Vega oyó suspenso
Al cantor; y toda inquieta,
Sintió su alma de poeta
Con un aleteo inmenso.
Luego en un preludio intenso,
Hirió las cuerdas sonoras,
Y cantó de las auroras
Y las tardes pampeanas,
Endechas americanas
Más dulces que aquellas horas.

Al dar Vega fin al canto,
Ya una triste noche oscura,
Desplegaba en la llanura
Las tinieblas de su manto.
Juan Sin Ropa se alzó en tanto,
Bajo el árbol se empinó,
Un verde gajo tocó,
Y tembló la muchedumbre,
Porque, echando roja lumbre,
Aquel gajo se inflamó.

Chispearon sus miradas,
Y torciendo el talle esbelto,
Fué a sentarse, medio envuelto,
Por las rojas llamaradas.
¡Oh, qué voces levantadas
Las que entonces se escucharon!
¡Cuántos ecos despertaron
En la Pampa misteriosa,
A esa música grandiosa
Que los vientos se llevaron!

Era aquella esa canción
Que en el alma sólo vibra,
Modulada en cada fibra
Secreta del corazón;
El orgullo, la ambición,
Los más íntimos anhelos,
Los desmayos y los vuelos
Del espíritu genial,
Que va, en pos del ideal,
Como el cóndor a los cielos.

Era el grito poderoso
Del progreso, dado al viento;
El solemne llamamiento
Al combate más glorioso.
Era, en medio del reposo
De la Pampa ayer dormida,
La visión ennoblecida
Del trabajo, antes no honrado;
La promesa del arado
Que abre cauces a la vida.

Como en mágico espejismo,
Al compás de ese concierto,
Mil ciudades el desierto
Lavantaba de sí mismo.
Y a la par que en el abismo
Una edad se desmorona,
Al conjuro, en la ancha zona
Derramábase la Europa,
Que sin duda Juan Sin Ropa
Era la ciencia en persona.

Oyó Vega embebecido
Aquel himno prodigioso.
E inclinado el rostro hermoso
Dijo: "Sé que me has vencido".
El semblante humedecido
Por nobles gotas de llanto,
Volvió a la joven, su encanto,
Y en los ojos de su amada
Clavó una larga mirada,
Y entonó su postrer canto.

—"Adiós, luz del alma mía,
Adiós, flor de mis llanuras,
Manantial de las dulzuras
Que mi espíritu bebía;
Adiós, mi única alegría,
Dulce afán de mi existir;
Santos Vega se va a hundir
En lo inmenso de esos llanos...
¡Lo han vencido! ¡Llegó, hermanos,
El momento de morir!"

Aun sus lágrimas cayeron
En la guitarra copiosas,
Y las cuerdas temblorosas
A cada gota gimieron;
Pero súbito cundieron
Del gajo ardiente las llamas,
Y trocado entre las ramas
En serpiente, Juan Sin Ropa,
Arrojó de la alta copa
Brillante lluvia de escamas.

Ni aun cenizas en el suelo
De Santos Vega quedaron.
Y los años dispersaron
Los testigos de aquel duelo;
Pero un viejo y noble abuelo,
Así el cuento terminó:
"Y si cantando murió
Aquel que vivió cantando,
Fué, decía suspirando,
Porque el diablo lo venció".

LA FLOR DEL SEIBO

Al poeta CALIXTO OYUELA.

Quiero realce tu gentil figura
La túnica sencilla y elegante
Con que se adorna y viste la hermosura.

C. OYUELA.

Tu "Flor de la caña",
O Plácido amigo,
No tuvo unos ojos
Más negros y lindos,
Que cierta morocha
Del suelo argentino
Llamada... Su nombre
Jamás lo he sabido;
Mas, tiene unos labios
De un rojo tan vivo,
Difúndese de ella
Tal fuego escondido,
Que aquí, en la comarca,
La dan los vecinos
Por único nombre,
La flor del seibo.

Un día,—una tarde
Serena de estío,—
Pasó por la puerta
Del rancho que habito.
Vestía una falda
Ligera de lino;
Cubríala el seno,
Velando el corpiño,
Un ehal tucumano
De mallas tejido;
Y el negro cabello,
Sin moños ni rizos,
Cayendo abundoso,
Brillaba ceñido
Con una guirnalda
De flor de seibo.

Miréla, y sus ojos
Buscaron los míos...
Talvez un secreto
Los dos nos dijimos,
Porque ella, turbada,
Quizás por descuido
Su blanco pañuelo
Perdió en el camino.
Corrí a levantarlo,
Y al tiempo de asirlo,
El alma inundóme
Su olor a tomillo.
Al dárselo, "gracias,
Mil gracias!" — me dijo,
Poniéndose roja
Cual flor de seibo.

Ignoro si entonces
Pequé de atrevido,
Pero ello es lo cierto
Que juntos seguimos
La senda, cubierta
De sauces dormidos;
Y mientras sus ojos,
Modestos y esquivos,
Fijaba en sus breves
Zapatos pulidos,
Con moños de raso
Color de jacinto,
Mi amor de poeta
La dije al oído;
Mi amor, más hermoso
Que flor de seibo!

La frente inclinada
Y el paso furtivo,
Guardó aquel silencio
Que vale un suspiro.
Mas, viendo en la arena
La sombra de un nido
Que al soplo temblaba
Del aire tranquilo,
—"Allí se columpian
Dos aves, me dijo;

Dos aves que se aman
Y juntas he visto
Bebiendo las gotas
De fresco rocío
Que absorbe en la noche
La flor del seibo".

Oyendo embriagado
Su acento divino,
También, como ella,
Quedé pensativo.
Mas, como en un claro
Del bosque sombrío,
Se alzara, ya cerca,
Su hogar campesino:
Detuvo sus pasos,
Y, llena de hechizos,
En pago y en prenda
De nuestro cariño,
Hurtando a las sienes
Su adorno sencillo,
Me dió, sonrojada,
La flor del seibo.

APÉNDICE

La Flor del Seibo, esa poesía simplemente bella por el candor de la expresión y la transparencia de la frase, fué realizada en 1876. Años después, en 1882, haciendo un alto en la justa literaria que sustentaba con Calixto Oyuela, ofreciósele a éste acompañada de una carta destinada a epilogar el duelo. Ambas cosas, poesía y carta, lejos de frustrar la contienda, dieron lugar a una respuesta del adversario que equivalía a ponerse nuevamente en guardia. Convinieron entonces en dirigirse al maestro y amigo Carlos Guido y Spano para que suscribiera "la última y definitiva palabra del debate". El ático bardo de ayer y venerable anciano de hoy, llamado a pronunciarse tercero en discordia, produjo su fallo en una epístola espiritual y conciliadora que hizo desembrazar las lanzas y deponer los escudos.

Las cuatro piezas mencionadas forman este apéndice.

I

Señor D. Calisto Oyuela.

Mi distinguido amigo:

Es de "antigua usanza" conceder a los vencedores en los torneos literarios la *rosa natural*, homenaje que en nuestra tierra bien puede sustituirse con una flor de sebo, sin menoscabo, en mi sentir, de la belleza del premio tradicional.

Ciño, pues, a su noble frente de poeta lá presente modesta guirnalda, hurtada a las selvas del Paraná, patria adoptiva de mi espíritu. Si ella no es tan lozana como fuera de desearse, débese a haber sido arrancada de las ramas bajas del árbol, no de la copa, donde se abren al sol las más bellas, condición que las coloca fuera de mi alcance.

Con todo, su sencillez, la falta de retóricos atavíos, el hecho de ser descendiente de "aquella vaquera de Finojosa", como la hermosísima *Flor de la caña* del infortunado Plácido, y hasta la habilidad femenina de presentarse ante V., conociendo sus gustos, envuelta en "túnica sencilla", si no elegante, son circunstancias que, reunidas, parecen bastantes a propiciarse su estimación.

Lleva encargo especial mi *morocha* (con perdón sea dicho de la Academia Española), de borrar, suprimir y aniquilar toda frase mal sonante que en el calor de la lucha hubiera deslizándoseme acerca de su persona, de mí tan estimada, o de la escuela literaria por V. tan hábilmente defendida.

Dígnese recibirla como leal caballero, y ponga ella paz entre nosotros, cicatrizando las heridas por uno y otro abiertas, aunque con fingida saña, en la inaudita y nunca bien ponderada batalla que acabamos de fenecer. De Vd. affmo. amigo

Rafael Obligado.

s/c febrero 3 de 1882.

II

Buenos Aires, febrero 13 de 1882.

Señor D. Rafael Obligado

Distinguido amigo:

Después de haberme honrado con invitarme a la nunca vista y descomunal batalla "que acabamos de fenecer", elevándome así, aunque aparentemente, a su nivel poético, inaccesible para mí de otra manera, ha querido V. coronar su obra de benevolencia, enviándome su preciosa *morocha*, con el amable encargo de ajustar las paces entre tan belicosos caballeros.

Embelesado me ha, amigo mío, su natural elegancia, su sencillez graciosa, y sobre todo, el alma angelical que manifiesta en sus ingenuas y sentidas palabras. ¡Cómo no ha de amar V. *la flor del seibo*, habiéndola recibido, en prenda de cariño, de las manos de tan encantadora criatura! No es esto decir que no conceptúo bella en sí misma la mencionada flor, antes bien (sin duda por ser menos quisquilloso en prosa que en verso) acéptola de mil amores, con el mayor deseo de que pase, desde mi frente, donde V. tan galantemente la coloca, a mi corazón, que es el sitio donde sin duda alguna desearía V. que estuviese, según se desprende del *retintín* con que me la regala.

Todo bien considerado, la verdad es, que si ponemos de lado las exageraciones en que uno y otro hemos incurrido a veces, impulsados por el ardor de la polémica, por el *brio caballeresco* de que tanto hemos alardeado, y sobre todo, por la forma poética, y por lo mismo apasionada, de que la hemos revestido: nuestras tendencias literarias, si bien distintas en sí mismas, no son en modo alguno incompatibles, antes mutuamente se atraen y complementan. En efecto, ¿cómo podría V. oponerme, siendo tan artista como es, a que la poesía americana participe de la morbidez, sobriedad y transparencia de las formas griegas (único modo levantado de entender hoy el clasicismo)? ¿Ni cómo pudiera yo hallar malo el que nuestra literatura tome un tinte genuinamente americano, y que en vez de vivir de prestado, brote espontáneamente de nuestra naturaleza, de nuestras ideas, sentimientos y costumbres? En esto más que en cosa alguna quiero que imitemos a los griegos: en ser originales.

En este concepto (debo confesarlo, a fuer de leal contendor), no tiene V. rival entre nosotros. Amando y sintiendo profundamente la naturaleza (y claro está que ha de ser la americana especialmente, que es la que V. conoce y observa), la traslada V. a sus obras con verdad admirable, y libre de ese círculo convencional, y harto manoseado, a que van a buscarla poetas por otra parte mercedores de la mayor estimación.

De ahí ese sabor americano, ese aroma virginal que por donde quiera se aspira en sus inspiradas creaciones, y que les dan carácter propio y señalado en el campo de nuestra literatura.

Coincidiendo, pues, como me consta, nuestras ideas, en lo fundamental, es conveniente, puesto que hablando nos hemos entendido (cosa que rara vez sucede), unir los fuegos contra nuestro verdadero enemigo: el *galicismo*, si vale la palabra. Esa es la peste literaria que amenaza dar al traste con toda idea de legítima hermosura, con toda índole nacional entre nosotros, merced a su hábito liviano y superficial, y por lo mismo temible, pues además de extenderse rápidamente, es de una eficacia insuperable para halagar la indolencia y coronar medianías.

Su morocha le llevará pormenores sobre el particular, en unos pliegos cerrados que tendrá a bien poner en sus manos, debiendo al mismo tiempo, en reciprocidad del encargo que V. la confió, reducir a polvo ante su vista toda burla o palabra excesiva que se me haya deslizado respecto de V. o de su adorado americanismo.

Por lo demás, volviendo a nuestra liza, si ha habido algún cándido capaz de suponer *que no debía parar en versos*, la inocencia le valga, como con gracia tan incisiva dijo V., al verse amenazado con la pez y las calderas del infierno, no por mí, que me limitaba a advertírselo, sino por ciertos espíritus mojigatos y meticulosos, que no sufren ni incidentalmente, sin escandalizarse, una deidad griega; pero que son muy capaces de vaciar en sus escritos un formidable ejército de ondinas, silfos, huríes, trasgos, brujas, y todas las walkirias del Walhalla.

Con el más sincero agradecimiento por su lisonjera misiva, y su honrosa y galaute dedicatoria, tengo el gusto de suscribirme su siempre afectísimo y leal amigo

Calixto Oyuela.

III

Buenos Aires, marzo 15 de 1882.

Sr. D. Carlos Guido y Spano.

Querido maestro y amigo:

Usted y no otro, introdujo en la tierra de la mazamorra, habiéndoselas en descomunal batalla con el doctor Valderrama, la moda de sacudirse el polvo en gallardos tercetos; y he aquí que nosotros, llevados de su ejemplo, no hemos querido ser menos en el arte de descalabrar al adversario.

El motivo de la pendencia está de manifiesto en las epístolas adjuntas, donde, a vueltas de vapuleos un tanto apasionados, déjanse traslucir *las causales* de ella, así como los propósitos y tendencias de los combatientes. Pero como ambos, modestamente, nos hemos atribuido el triunfo, y las paces firmadas en prosa más han sido anagaza para escapar de la arena con los honores de la guerra, que sincero apretón de manos (por cuanto privadamente seguimos dándonos a más y mejor), hemos menester de benévolo y alto intermediario, el cual servirá para ponernos en paz y colocar en su fiel tan mal acondicionada balanza.

Hartas razones nos asisten para confiar a V., nuestro amado maestro, la última y definitiva palabra del debate; y es una de ellas el haber V. cantado así a la patria *en que la dulce Erina se coronó de mirto*, como a la tierra donde oyó gemir tiernamente a la hija del Lambaré, *rasgado el blanco tipoy*; prendas ambas, que además de las cualidades de su espíritu, nos aseguran la imparcialidad de su fallo.

Ponemos, pues, en sus manos nuestro modesto folleto. Debemos mantener enristrada la lanza, en alto el escudo, baja la visera y pronto el acicate esperando el són de la guerrera trompa, o asirnos amigablemente del brazo y apartarnos de la sanguinolenta arena?

Maestro: una palabra, y depondremos las armas, o en busca del adversario hundiremos nuevamente la espuela a nuestros jamás fatigados bridones.

Cruzando las lanzas en honor suyo, y saludándole con los vistosos penachos que el aire agita sobre las bélicas celadas, esperamos inmóviles el fallo.

De V. admiradores y amigos.

Calisto Oyuela — Rafael Obligado.

IV

Buenos Aires, marzo 25 de 1883.

Sres. Rafael Obligado y Calisto Oyuela.

Amigos:

Cuentan viejos libros que Sócrates, en vísperas de recibir como discípulo a Platón, soñó que un cisne venía a posarse en su seno. Yo que vivo montaña de por medio con la sabiduría, no he soñado nada; lo cual no ha impedido que dos pájaros canoros y de cuenta, se me viesen encima a acariciarme con sus alas. Es sumamente lisonjero.

¡Oh aves desocupadas y gárrulas, de libre y gentil vuelo, nacidas puede decirse en el mismo espinillo, aunque prefiera la una hacer su nido en el chapitel de alguna columna jónica o corintia, y la otra en el alero de cualquier rancho de las islas cubierto de *biricuyá* y *alverjilla*; amables calandrias que cantais a la aurora, ya que habéis venido a visitarme a los primeros fríos de mi invierno, después de saludos gozoso, seguid alegres vuestra ascensión aérea; encontrad fruta deliciosa que picotear en los verjeles del tránsito; y pueda yo escuchar agazapado en la enramada vuestros gorjeos matinales, repitiendo los votos del excelso agustino español:

Despiértente las aves
 Con su cantar sabroso no aprendido,
 No los cuidados graves
 De que es siempre seguido
 El que al ajeno arbitrio está atendido.

Metáforas y reminiscencias poéticas aparte, hermanos en Cristo (no quiero decir en las Musas por no desobligar a Obligado), he recibido vuestra carta y los versos a que ella se refiere. Son bellos y armoniosos. Aunque lo sepáis, es grato repetirlo. Esos tercetos remozados y frescos, me producen el efecto de una salvilla de plata maciza del tiempo de la *Virreyna vieja*, llena de mosquetas y jazmines recogidos en alguna quinta de Belgrano.

¡Qué dirían Leonardo y Lupercio de Argensola; qué el fiero Dante, al ver el molde severo de sus pensamientos, sirviendo a los caprichos ingeniosos de nuestros poetas porteños! Les parecería algo de profano, así como

si se sirviese en un banquete *Chateau Cordero* en los copones de la catedral. Pero pesa a aquellas grandes sombras, resulta que el tereeto sirve para todo, hasta para condenar el clasicismo. De repente se ha de iluminar el Escorial con luz eléctrica! ¡Qué tiempos!...

Dejándonos de reflexiones melindrosas ¿sabéis amigos, que el haberme llamado maestro, si obliga mi gratitud, me llena de rubor? ¡Maestro yo, que tanto hubiera necesitado aprender! Llamadme antes compañero afectuoso y quedaréis cumplidos. Anda por ahí un fénix ya calvo de las letras, redomado admirador de sí mismo, que afirma no sé nada, bajo la fe de su sapiencia. A verdad tan pelada no hay respuesta. ¿Cómo aceptar entonces el título honroso que me dáis? Ganas me vienen de decir algo semejante a las palabras del Marqués de Villena en el Maefias, cuando recibió la carta del elavero, que se refería a sus horóscopos:

¡Yo astrólogo, yo adivino!
 ¡Yo Jado a la nigromancia!
 ¡Sólo porque ven más libros
 Reunidos en mi casa
 Que en todo el reyno! ¿Y acaso
 Podrán saber lo que tratan?

No, gentiles caballeros, yo no soy maestro de nadie, y menos de vosotros que marcháis a la plena luz de privilegiada inteligencia. La tea que llevo en la mano es vacilante; sólo alumbrá mi paso entre las ruinas de la pasada juventud. Sea como fuere, es dulce la palabra de la amistad que nos alcanza en el retiro y en la sombra.

Viniendo ahora a lo esencial de la cortesísima misiva a que contesto, me ocuparé rápidamente de ello, echando todo escrúpulo a la espalda, y después de santiguarme tres veces a fuer de buen cristiano. ¿Con que deseais que yo decida en la descomunal contienda, pidiéndome consejo para seguir lidiando o hacer paces? ¡Vaya un compromiso!.... No importa... Conozco las piezas del debate; las sé casi de coro. Me he inclinado ya á este, ya a aquel lado, y apenas si aún puedo salir de mi perplejidad.

¿Quién no diría que Oyuela tiene razón en su culto por las dos familias divinas, la griega y la cristiana (aunque de ésta no tratara al presente), volviendo la vista sin cesar a la egregia patria desheredada de los

dioses y los héroes, en que cantaba Píndaro, que vive más que las acciones, la palabra escapada de una alma profunda por labios amados de las Gracias? "Es allí donde Citera ama todavía bajo el mármol, y donde esparecida su hermosura en la límpida atmósfera, aspiramos una parte de su inmortalidad". Lo ha dicho bien el poeta: "una miel pura fluye aún sobre el Hymeto. Apolo dora siempre los largos veranos de aquella tierra consagrada, y los mármoles de Mendeli resplandecen todavía al fuego de sus rayos". Encadenados al carro del arte victorioso, somos sus cautivos, y mi amigo el cantor de *Eros* ha podido repetir con Byron: "Bella Grecia, de hielo ha de ser el corazón que te mire sin sentir lo que siente un amante inclinado sobre las cenizas de su amada".

Mas por grande que sea nuestra admiración, atraídos de los prestigios de la belleza clásica; por intensa la sed que nos lleve a beber en las fuentes inspiradoras donde las Náyades suspiran, no debemos olvidarnos ni de nuestro tiempo, ni para refrescar nuestros labios en la fiebre ardiente de la vida, del manantial que surge en la tierra nativa, dando lozanía a los prados en que corrió nuestra niñez, acompañamiento rumoroso a nuestros ensueños juveniles, y vigor al alma siempre ambiciosa de nuevas impresiones. Fijar la mente en un ideal artístico de convención, inmutable, equivaldría a inmovilizar el pensamiento en las fruiciones de un éxtasis perpetuo, privándole de su fecundidad incesante. Enhorabuena venérense las reliquias de las grandezas caducadas, sin arrebatar a los altares derruidos sus mutilados simulacros; arrodillémonos en los venerables santuarios donde la humanidad pontificara bajo la representación del genio antiguo; pero salgamos luego al aire libre, y admiremos, fortalecido el espíritu, a la naturaleza eternamente renovada. Las corrientes de la vida nos arrastran. Si la memoria vuélvese al pasado, es como la llama de una antorcha llevada contra el viento. No la dejemos apagar.

Y viniendo ahora a ti ¡oh Rafael! poeta de los dulces cantares argentinos, adorador del Sol y de la pampa: también se creería, si se juzgase sólo por el sentimiento engendrado en las blandicias del hogar, que arrebatas la palma a tu adversario. ¡Es tan bella la patria, su historia tan dramática, sus aspiraciones tan altas! A más, sabes que ni la credulidad mítica, ni la mística

existen, no teniendo en gran cuenta, que digamos, a las divinidades del Olimpo, ni disposición ninguna, por lo visto, para ir a las viejas catedrales a buscar los santos y los ángeles en sus hornacinas de piedra, aunque lo hiciera Goethe corriendo en pos de la leyenda. Campo y más campo, cordillera tras cordillera, el espacio, los anchos y solitarios ríos, el cielo fulguroso, la inmensidad, los Andes. Ahí, según tu criterio literario, joven, fresca, inviolada, existe la inspiración, la poesía de América, que no necesita las guirnaldas marchitas de los templos paganos, ni las rosas de Jericó para realzar su hermosura, cuando tenemos por esos *cercos* la del país, con un olor exquisito de serrallo recién inaugurado. La melancólica guitarra vale tanto como la lira de Orfeo, y los *tristes* de aquella no son menos tiernos, que las lamentaciones del amante de Euridice en el fondo del Hemus, muy bien despedazado por las mujeres de la Tracia, a quienes desdeñara, cuando por acá las queremos a todas. ¡Qué necesitamos de los idilios del valle de Tempe, valle de abanico, de las palomas de Venus, ni de los cisnes de Erimanto, que en resumidas cuentas no eran sino una especie de patos más blancos y con el pescuezo más largo? Nada falta para nuestros cuadros bucólicos, ni el chirrido de las carretas. *stridentia plaustra*, que decía Virgilio. Y si remontamos el vuelo, ¿pediremos a la ficción lo que la realidad nos ofrece? A nuevo mundo, nuevos cantos. Cuando se posee inmenso y rico territorio, nobles tradiciones; ensanchada por el empuje de los siglos la órbita del pensamiento y de la actividad material, no es cuerdo el irse a vivir encaramado en el Pindo, sin otro prospecto que el de petrificarse en el arrobamiento de un arte envejecido.

¡Desventurado! ¿Ignoras que al lado de la nuestra, y detrás, hay otras civilizaciones que vienen trasmitiéndose en el tiempo su luz y sus tesoros? ¡Has recogido ampliamente la herencia, y aparentas desconocer el beneficio! ¿De dónde aprendiste las sentidas modulaciones de tu lira, pues por más que quisieras negarlo, lira es la tuya a que las mismas Gracias pusieron cuerdas de oro? ¿Rehusarías, te preguntaré con un grave humanista, reconocer lo divino porque aparece en el arte y el placer, y no sólo en la conciencia y en la acción? No se trata de someterte a estrechas reglas, ni a los preceptos de una pedantería tiránica; pero tu misma originalidad envidiable nos está revelando, que el fruto no se ha colorido en el árbol sin que una savia robusta susten-

tase sus raíces. La planta humana se desarrolla, es cierto, en cualquier zona; mas ha de ser a condición de no dejarla, antes de estar crecida, a la intemperie. En donde hay vida, sin duda, existe la belleza, y por consiguiente la poesía. Empero las formas nobles y graciosas con que la traducimos a nuestro lenguaje limitado, no se aprenden con sólo descender al fondo de nuestro corazón, ni contemplando embelesados una naturaleza exuberante. Es menester pasar por la Academia, adornada con las estatuas de las deidades antiguas. Tu *Flor de seibo* habría muerto desconocida a la márgen solitaria del río, si no la hubieses presentado a nuestra admiración en vaso de cristal. No obstante lo dicho, acepto como si fuera mío, y te encargo su traducción en romance, este verso genial de Lafontaine:

“Donnez-moi du nouveau n'en fût-il pas au monde”.

Ahora, sin insistir más en las doctrinas que no pretendo enseñar, y que sólo he desflorado para retardar, según es de práctica entre jueces, el fallo que se me pide con desparrajo gallardísimo; leídas una y otra vez las composiciones rítmicas, causa del berenjenal en que denodadamente se han metido y me han metido sus autores; declaro, que en Dios y en mi ánima, después de pesar con madurez los relevantes méritos respectivos de aquellos, ninguno de los dos amantes de la gaya ciencia que aguardan esta decisión en el torneo literario a que bajaran, manteniéndose en actitud belicosa, merece exclusivamente la palma, y si ambos ser coronados, de jácintos Oyuels, y Obligado de sauce arrancado a orillas del San Borombon, que corre cantando *vidalitas*.

Item más opino, que Oyuela, domiciliándose en Cañuelas, donde a falta de ambrosía se alimentará con matambre y picana asada, debe abandonar la lectura de Homero y su familia lírica, siquiera unos veinte años, sustituyéndola por la de “Aniceto el Gallo” y “La Vuelta de Martín Fierro”, que aprenderá de memoria. Mientras, para equilibrar, robustecer, y *acriollar* su temperamento literario, será bueno que aprovechando este invierno, vaya a zamparse en la laguna *Pichí*, próxima del *Nahuel Huapi*, tomando después de cada baño *un verde*, mejor que el néctar de los dioses. El viaje de ida y vuelta, *churrasqueando* a su gusto en el camino, lo empren-

derá en un manecarrón patrio, y por ser poeta, ensillado con un *recadito cantor*; así se librará del Pegaso, animal arisco y duro al freno. De paso hará pascana en la estancia de D. Benjamín Zubiaurre, o en *Poronguitos*, asistiendo en oportunidad a la *esquila* y a la *yerra*. No faltará allí quien le enseñe a echar un *pial*. Para amenizar aquellas faenas campestres, dejándose de las odas de Safo, cantará junto al fogón, en un tiple del guitarrero Ramírez, la *milonga*,

Haciendo gemir la prima
Y llorar a la bordona.

Siendo moralmente imposible modificar de zopetón los gustos artísticos adquiridos en el estudio de los clásicos, que se nos pegan como la túnica de Neso, en vez de llevárselo soñando con el Partenón y las maravillas helénicas, podrá pasar las horas muertas en contemplación de la piedra movediza del Tandil, recordando los versos emolientes del más inocentón de los poetas:

Cada comarca en la tierra
Tiene un rasgo prominente, etc.

De este modo su espíritu se irá tiñendo poco a poco con el colorido local, que tanto le recomienda su émulo, con quien se haría luego la paz al son de una habanera quebrada, bailada por puros criollos con sus *minas* flexibles.

Respecto de Obligado, soy también de dictámen, que inmediatamente se ponga en viaje, aunque sea en una balandra con *troja*, poniendo el rumbo al mar Egeo, sin parar hasta Atenas, y allí, en la augusta ciudad de Minerva, la de los ojos azules, diosa de la sabiduría, que según malas lenguas no inspiró nunca a ningún poeta, aprenda el griego, reverenciando las ruínas que han venerado las naciones. Pero antes, por vía de bautismo clásico, atravesará a nado el Helesponto de Abydos a Séstos, munido al efecto de vejigas hinchadas: visitará luego las sagradas márgenes de Delfos, y dirigiéndose en seguida al bosque antiguo de Dodona, permanecerá en él, sólo su alma, dos o tres olimpiadas, sumergiéndose en sus fuentes habitadas por ninfas, y evocando en la soledad sus divinos oráculos. En todo este tiempo no probará

el mate, ni fumará un cigarrillo de tabaco negro, teniendo por único sustento la dorada miel fabricada por las abejas del monte Hybla. Con este régimen, sin olvidar a Santos Vega, exaltada su fantasía, verá pasar ante sus ojos la sombra gigantesca de los antiguos vates, a quienes saludará quitándose la *galera*, admirando la gracia, la perfección de la forma en sus cantos celestes, y volverá a sus pagos espiritualizado, con gran copia de colores, con impresiones indelebles, trayendo en el oído el eco de la verdad noble y sencilla, y en la mente un reflejo del esplendor olímpico, para iluminar sus cuadros argentinos, sin mengua de su originalidad y su frescura.

Ejecutada esta receta, me persuado ¡oh jóvenes amigos! que acabaréis por entenderos, sin que ni las Musas, ni los manes de los Incas puedan quejarse de vosotros. Seréis más completos abrazándoos. La poesía, de origen divino, no tiene patria, ni escuela. Sus dones están esparcidos en la tierra, y será más feliz aquel que pueda juntar en su guirnalda a las adelfas de Eurotas, las flores silvestres de nuestro suelo bendecido.

Aquí debiera terminar, que ya es tiempo; mas no quiero hacerlo sin pedir excusa por el retardo de esta contestación. Se explica. Recibí la carta a que respondo, el primer día de la semana santa; y temeroso de caer en pecado mortal ocupándome de versos en horas que la cristiandad destina a meditaciones piadosas, he esperado al Domingo de Pascua, para dirigirme a vosotros con la conciencia limpia. Haced tregua a vuestra contienda, que será buen consejo, sin perjuicio de seguir cantando a destajo cada cual en su cuerda. Habrá ganancia para todos.

Agradeciendo cuanto de mí decís de bueno, cúmpleme ahora corresponder vuestro gentil saludo, agitando al aire mi blanca banderola, donde acabo de inscribir por mote, precaviéndome de volver ya a terciar en doctas zalagardas, el sabio axioma de Zenón: *Abstine et sustine*.

Soy vuestro

Carlos Guido y Spano.

ÍNDICE

	Páginas
INTRODUCCION	3
SANTOS VEGA	5
LA FLOR DEL SEIBO	25
APÉNDICE	31